bregos. Nadie sabe ya de ellos. En su peregrinación dolorosa, han acabado por perderse en la obscuridad y en lo innominado. Inhábiles para resolver los triviales y complicados problemas del alojamiento, la comida y el vestido, sólo Dios sabe si habrán muerto ya, ó habrán hallado abrigo en algún asilo de caridad, ó si andarán de puerta en puerta cosechando harapos y mendrugos.

EL PRO Y EL CONTRA

A Antonio Zaragoza.

PROLOGO

La buena sociedad de Guadalajara recuerda todavía, cuando hay motivo para ello, el extraño término que tuvieron los amores de Teodoro Guzmán con la hermosísima Ester Linares. Que se amaron profundamente los dos jóvenes, nadie lo ha puesto en duda; que la familia de Teodoro aprobaba con entusiasmo aquella unión, se caía de su peso; y que todo estaba listo y arreglado para la boda cuando sobrevino el rompimiento, ó más bien, la escapatoria de Teodoro, fué cosa que vieron todos los ojos.

¿Por qué, pues, aquellas almas tan ligadas por el amor volaron lejos la una de la otra? ¿Por qué aquellos destinos gemelos se separaron? ¿Por qué aquel par

de amorosas palomas que cruzaban unidas el espacio, tendieron las alas hacia horizontes diferentes?

Preguntas son éstas que hizo á coro la sociedad guadalajarense, á raíz de los sucesos, y que nunca tuvieron respuesta. Cuando el escándalo era reciente, aunque nadie acertaba á explicar el caso, no hubo quien no reprobase la conducta de Teodoro; tanto más cuanto que las circunstancias en que Ester se encontraba, hubieran debido hacerla acreedora á una consideración y á una piedad muy especiales, pues acababa de perder á su padre y estaba sola en el mundo. La interpretación más común que por aquel entonces se dió á la huida de Teodoro, fué que este apuesto joven había tomado ojeriza á la pobreza de su prometida y aspiraba á realizar un matrimonio de conveniencia. Y como nadie salió entonces á la palestra para defenderle, y hasta sus mismos parientes guardaron sobre el particular estudiado silencio, el anatema público fortificado por tantos indicios, adquirió los tamaños y la importancia de una sentencia irrevocable. Yo pensé lo mismo que todos mis conterráneos sobre el particular, en aquella ocasión, y aun recuerdo que á pesar de haber querido tanto á Teodoro, que era mi amigo de infancia, prorrumpí contra él en severas y amarguísimas censuras. Mi exaltación llegó á su colmo cuando, con motivo de un viaje que hice á Zamora, cuna de Ester, entré en comunicación con su prima Ignacia, y ésta puso en mis manos las cartas que aquella niña adorable le había escrito sobre los hechos que forman este relato. Esa correspondencia era tan hermosa é ingenua, revelaba un cariño tan grande y puro de Ester para Teodoro, y terminaba con acentos tan doloridos, que me conmovió profundamente y arrojó nuevo combustible en la hoguera de mi indignación.

Nunca hubieran vacilado mis juicios sobre el asunto, á no haber sido por una circunstancia inesperada, que aconteció algunos años más tarde, cuando ya la historia aludida había dejado de ser de interés palpitante para la mayoría de sus testigos. Y fué que, al marcharse Teodoro para Europa, me remitió el íntimo libro de sus memorias acompañado de una carta suplicatoria en que me explicaba el motivo del envío. Decía así la carta:

"Querido é inolvidable amigo:

"A raíz de mi salida de Guadalajara, supe que, en medio de la reprobación general que provocó mi conducta, te hiciste notable por tu lenguaje violento, y que no sólo hacías públicos tus juicios, sino que manifestabas vivos deseos de que llegasen á mi conocimiento. Me fué muy doloroso

saber que tus sentimientos de amistad hubiesen cambiado hasta ese punto; pero como sé que eres bueno, comprendí que tu irritación era hija de tu misma bondad; y, por extraño que te parezca, tu misma severidad de criterio me hizo estimarte más y sentir más hondamente haberme enajenado tu estimación.

"He vacilado mucho antes de hacerte mis confidencias, porque implicarán la revelación de secretos de mi casa y familia, que hubiera querido permaneciesen ignorados; pero como no hay otro medio para reconquistar tu amistad, que el de decirte la verdad toda entera, te mando ese libro que he conservado tantos años, y en el cual, á medida que se desarrollaron los tristes sucesos que me obligaron á salir de nuestra ciudad, fuí consignando las impresiones alegres ó angustiosas que cayeron sobre mi corazón en aquellas circunstancias. Pasa los ojos por esas notas, y escríbeme después lo que quieras, sin preocuparte por el efecto que puedan producirme tus palabras. Aunque mi anhelo más íntimo es el de rehabilitarme á tus ojos y recobrar tu afecto, solamente podría satisfacerme la verdad de tus sentimientos cariñosos, y no la fría y estudiada expresión de tu urbanidad.

"Sangra todavía mi corazón cuando evoco los recuerdos de ese período de mi

vida, y la imagen de Ester, envuelta en los nublos del dolor y de la desesperación, permanece grabada en el fondo de mi pecho; pero siento limpia y desahogada la conciencia, y en medio de mi soledad y de la amargura de una existencia frustrada, veo esa acción mía como un acto que me enaltece á mis propios ojos.

"Puedo haberme equivocado; pero, en todo caso, tiene la culpa de ello mi destino, y mis intenciones han sido puras. Compréndelo, y si no apruebas mi conducta, compadéceme al menos, porque ese error ó esa debilidad en que caí, me impidieron ser el más feliz de los hombres.

"Recibe, entretanto, la renovada expresión del inextinguible afecto con que me repito tu viejo y sincero amigo,

"TEODORO."

La lectura del manuscrito me impuso de mil peripecias desconocidas, y aclaró muchos incidentes cuya falta de explicación me había sorprendido. Confieso que al pasar los ojos por las primeras páginas del cuaderno, aguardaba no hallar en él más que frases huecas y románticas, sirviendo de antifaz á la veleidad y á la traición. Habiendo sido mi amigo un sentimental desde sus más tiernos años, me parecía verosímil que alguna impresión inesperada, alguna emoción nueva, le hubie-

sen apartado del camino del deber. Tengo la experiencia de que los sentimentales no son gente de fiar, porque suelen ser juguete de sus pasiones, y carecer de dominio sobre sí mismos. Pero á medida que me fuí imponiendo de aquellas notas, fué cambiando mi criterio de tal suerte, que llegué á ver lo hecho por Teodoro, como el resultado de una resolución generosa, y no de una ligereza punible ó de una odiosa doblez. Hallé cierta grandeza melancólica en el fondo de aquel drama del hogar; un hecho inesperado y congojoso se destacó del centro de la revelación; y me dolí de los juicios precipitados que había emitido contra mi amigo. Así fué que, sin resolver cosa alguna sobre el acierto de su conducta, le volví mi consideración y mi afecto, y le escribí cariñosamente, compadeciéndolo por su desventura. De este modo, nuestra amistad por tan largo tiempo interrumpida, volvió á florecer, y más honda y cariñosa que nunca.

Como la historia sale de lo vulgar, me ha parecido no indigna de los honores de la publicación. Voy, pues, á poner á los ojos de los lectores las dos fases de la cuestión, comenzando por las cartas de Ester, cuyo espíritu noble y cultivado en ellas se traduce. De las notas de Teodoro trascribiré sólo unas cuantas; las necesarias para esclarecer los sucesos. Así quedarán evitadas repeticiones inútiles.

CAPITULO PRIMERO

CARTAS DE ESTER A IGNACIA

I

No me canso de dar gracias á Dios por su infinita bondad, que á nadie desampara. Ya ves lo que ha hecho conmigo. Muerto mi padre, que era mi único apoyo, y perdido juntamente con él mi bienestar social (pues sabes que nunca hemos contado con más elementos de vida que los sueldos de mi padre,) me sentí sola en el mundo y condenada á la miseria. Echaba ya trazas para ganarme la vida con el trabajo de mis manos, y sólo vacilaba entre dar lecciones de piano ó de dibujo, pues, por fortuna, me perfeccioné bastante en estos dos ramos de educación, mientras fuí alumna del Liceo.